

Marguerite Yourcenar: la historia, los viajes, el otro



ARTURO GÓMEZ-LAMADRID

A la memoria de mi padre

La ciencia histórica es por definición un saber reflexivo, ya que me revela lo que soy yo en la historia, yo entre los demás.

Raymond Aron: *Introduction à la philosophie de l'histoire*

Casi le parecía haber insultado a las infinitas posibilidades de la existencia renunciando tan largamente al ancho mundo.

Marguerite Yourcenar: *L'oeuvre au noir*

En el otro me niego, me afirmo, me repito, sólo su sangre da fe de mi existencia.

Octavio Paz: *Un más allá erótico: Sade*

Hay en la escritura yourcenariana una savia de tres nutrientes, estuaciones periódicas que en su movimiento ascendente intentan la vana y superior tarea de conocer mejor el alma humana: la historia, los viajes y el otro.

¿Es la historia una suma de "esperanzas traicionadas", como lo plantea Agnes Heller? ¿O es la creación de ancestros, fechas y hechos inexistentes pero imprescindibles para algún propósito nacional, político? Es, en todo caso, aquello que nos ayuda a "comprender las conductas, las ideas, los legados y las aspiraciones profundas de los seres humanos".¹

¿Cuál es la perspectiva desde la que vio la historia una joven nacida en Bélgica a principios de siglo, célebre escritora posteriormente y que a muy temprana edad experimentó una sensación de vértigo ante la maraña de hechos y circunstancias que intervienen en y, de alguna manera, determinan la vida del hombre?

En una entrevista radiofónica de fines de los años setentas, Yourcenar habla del valor de la historia como herramienta

de aprendizaje para vivir nuestro presente. A una pregunta de Jean D'Ormesson acerca de sus relaciones con esta disciplina, ella responde:

Soy muy sensible al hecho de los límites en que se desenvuelve cada vida humana; se habla siempre de las infinitas posibilidades que se presentan a cada uno de nosotros en todos sentidos: el éxito financiero o social, el amor, en fin, en toda clase de ámbitos. En realidad, cuando observo cada vida humana, me sorprende ver que todos nos movemos en un círculo bastante pequeño, que el número de seres que, por ejemplo, podemos amar, no es muy grande, no tenemos una gama prodigiosa de elección; lo mismo sucede con las oportunidades de carrera: tenemos una, dos, tal vez tres, pero las posibilidades son extremadamente reducidas para cada individuo, así se trate del millonario que ha logrado un gran éxito económico. Y tengo la impresión de que, así como los viajes y los cambios de grupo social o el paso de un grupo humano a otro, la historia nos permite ampliar enormemente el espacio de nuestros encuentros. Al conocer la historia conocemos a seres que probablemente no habríamos conocido en la vida, así como viajando nos encontramos con gente que no habríamos conocido si nos hubiésemos quedado en la Rue de Rivoli. Para mí, el valor de la historia reside ahí, en la inmensa variedad de posibilidades humanas que nos ofrece. En el fondo es siempre lo mismo: la gente vive, ama, odia, sufre, se alegra de cuando en cuando y muere. Pero cada vez en circunstancias diferentes y esto nos enseña mucho sobre nuestras propias circunstancias.²

Yourcenar decidió muy pronto en su vida ir al encuentro de Adriano, el emperador romano que gobernó en el siglo II

¹ Enrique Florescano, "La función social del historiador", en *Vuelta*, núm. 218, enero de 1995, p. 20.

² *Radioscopie*, programa radiofónico conducido por Jacques Chancel para Radio France Internationale, 11-15 de junio de 1979. El programa fue realizado en Petite Plaisance, la casa de Yourcenar y Grace Frick en Mount Desert Island, Maine, Estados Unidos.

de nuestra era, del año 117 al 138. Aunque escribió la novela en la forma definitiva que conocemos mucho más tarde, desde los veintinueve años hizo múltiples lecturas y concienzudas investigaciones para conocer, tratar de comprender y retratar al patricio antiguo nacido en Hispania y educado en Grecia, y su época, “cuando los dioses ya no existían y Cristo no había aparecido aún [...] momento único, desde Cicerón hasta Marco Aurelio, en que sólo estuvo el hombre”, tal y como rezaba la oración que ella había subrayado en la correspondencia de Flaubert.

¿Qué le deparó ese encuentro? El conocimiento de una era sin la criba del cristianismo, un mundo sin concepto de pecado ni de culpa, ancho espacio con un mar en medio de tierras, vehículo privilegiado de infiltraciones y contagios en las costumbres de los pueblos, un Mediterráneo prolijo, simultáneamente unidad política y matriz de enfrentamientos y de amores. Yourcenar descubre ahí a un hombre amante de la paz pero que lleva a cabo una cruenta guerra en Palestina; descubre asimismo un espíritu formado en el pensamiento y la vida griegos, un gran legista que desconfía de las leyes, una mente curiosa e inteligente, un ser “violentamente emotivo”, voluptuoso amante obsesionado por sus recuerdos y capaz de otorgar la posteridad en piedra a un joven griego suicida que no fue ni emperador ni cónsul, sino pasión de príncipe: Antínoo. Pero Yourcenar encuentra igualmente un espíritu controlado, una voluntad templada, respetuosa de los valores y las instituciones del mundo romano; le es revelado, en fin, un ciudadano que decide su destino: el poder, y que tarda cuarenta años en lograrlo. Partos y dacios, galos y cirenaicos, esclavos y libertos pueblan este universo regido por Adriano, deseoso de ejercer con sabiduría su oficio de emperador y de servir al hombre, a pesar de las pocas ilusiones que tiene sobre aquéllos a quienes sirve y sobre el resultado final de su obra.

Conocer a Adriano describiéndolo, escribiéndolo, implicó la difícil tarea de decir todo sin falsearlo. En una carta a Joseph Breitbach, Yourcenar hace alusión al precepto que le era necesario para escribir el libro:

entre más avanzaba en la historia más me sobrecogía un inmenso respeto por los hechos y por la individualidad única del personaje al que intentaba acercarme, y traté de desechar todo sistema de interpretación, toda elección de estilo y casi toda preferencia personal, en favor de lo exacto y lo perspicuo.³

También fue la historia quien le hizo conocer la Europa del siglo XVI, momento de la ruptura que significó la imposible reconciliación de la fe con la razón. Años de intolerancia religiosa y ávida búsqueda del saber. Papas y emperadores, reyes y soldados, pero también hosteleros y merceros, anabaptistas y

luteranos, filósofos y alquimistas. Leonardo da Vinci y Paracelso. Al comparar los procesos que intervienen en la reconstrucción de un personaje real: Adriano, y la invención de uno ficticio: Zenón, Yourcenar insiste en la apasionada minucia con que deberán ser estudiados, en ambos casos, los documentos históricos que sostendrán la narración. Sólo así es posible penetrar en esa región límite donde se entrecruzan las condiciones históricas y la resolución de un destino humano. Para Adriano, por ejemplo, en su condición de noble, le es imposible imaginarse amenazado o perseguido por su forma de pensar, de sentir o de vivir, no existe ese dato en su horizonte histórico. La Reforma, en cambio, circunstancia de Zenón, le hace sucumbir, juzgado y castigado por sus ideas, por sus elecciones filosóficas y sexuales, por su negativa terminante a abrazar cualquier absoluto, por su búsqueda de la libertad en suma, esencia de este “aventurero del alma” en fuga constante y que intenta escapar de los prejuicios, los sistemas de pensamiento y los dramas de su tiempo, errando en un continente dividido entre las tierras latinas y católicas del Mediterráneo y las landas del norte y del noroeste protestante.



Así, la historia mostró a Yourcenar los orígenes de un movimiento cuyas secuelas aún resentimos, resultado de la viva y lastimada sensibilidad religiosa de la gente —en permanente búsqueda de un abrigo piadoso que le proteja de las desgracias de la existencia— animada y multiplicada por la difusión de la Biblia, posible a su vez gracias al desarrollo de la imprenta. Movimiento que resultó también de una institución religiosa desgastada en sus prácticas, desdeñosa de sus fieles, pretexto para abusos y privilegios de algunos clérigos, suma de intereses antes que refugio de la fe. Paraje privilegiado para observar la intolerancia de los hombres, la Reforma combate los excesos con nuevos excesos, y en esta guerra de purezas, tan común en la historia humana, la autonomía del ser queda una vez más acorralada, confinada en fendas que Zenón conocía bien pues su vida se había filtrado a través de ellas. Uno de estos resquicios, un calabozo de Brujas, encierro que precedía la hoguera, se convirtió paradójicamente en testigo y cómplice de la conquista del acto de libertad supremo del médico-filósofo, acto que los molinos triturantes de su tiempo no pudieron impedir: la decisión sobre su propia muerte. Adriano vive una época en que el hombre quiere ser Dios sin

³ Marguerite Yourcenar, *Lettres à ses amis et quelques autres*, Gallimard (nrf), París, 1995, p. 84.

lograrlo, Zenón una en la cual el hombre es incapaz de ser hombre.

Yourcenar navegó en el tiempo para conocer estos hechos singulares e irrepetibles, pero relativos, como todo lo humano, y su nave vital fue la historia, memoria de los hombres que le permitió acercarse a dos de ellos excepcionales. La autora de *Mémoires d'Hadrien* y *L'oeuvre au noir* sabía muy bien que "el porvenir sin el pasado es ciego [y] el pasado sin el porvenir, estéril".⁴

Pero este viaje por el tiempo, este paseo por las costuras históricas que unen paganismo y cristianismo, o Edad Media y Renacimiento, fue siempre en Yourcenar el contrapunto de un desplazamiento en el espacio. La mayor parte de *su* Adriano, por ejemplo, la escribió durante un viaje de dos días que la llevó en tren de Nueva York a Nuevo México.

* * *

Yourcenar viajó desde muy pequeña con su padre, otro gran viajero, como Adriano y Zenón, y no dejó de hacerlo en su vida, pues sabía bien que una de las condiciones esenciales de la libertad es estar siempre dispuesto a partir. Apenas un mes después del nacimiento de su hija, Michel de Crayencour decide dejar Bruselas y trasladarse a su propiedad de Mont-Noir, en el norte de Francia. Se consuma así el primer viaje de la futura escritora. En 1905, cuando la pequeña Marguerite tiene dos años, la familia se traslada a la playa holandesa de Scheveningen, donde pasarán el verano; y de 1906 a 1909, el paisaje invernal es el del Mediodía francés. Viajes a través de los países, pero también a través de las lenguas. En 1914, cuando estalla la guerra, el señor de Crayencour escoge Inglaterra como abrigo. Ahí, en un suburbio londinense, Marguerite inicia el estudio del inglés y del latín. Poco después aprendería el griego y el italiano. Este espíritu sensible y agudo percibió pronto que la lengua era instrumento clave en el descubrimiento de una tierra, un pueblo y una cultura. Pero, para ella, la lengua era más que eso, era también pasión y placer, creación de imágenes, sensualidad auditiva y oral, revelación de la identidad profunda y universal del ser.

El viaje en el tiempo le deparó extraordinarios encuentros y valiosos conocimientos, el viaje en el espacio, la "vuelta por [su] cárcel", le ofreció nuevamente un saber, a través de amistades y amores entrañables. Durante una estancia provisional (¿y cuál no lo era?) en París conoce a André Fraigneau, el objeto de amor de *Fuegos*,⁵ hilo conductor de este discurso sobre la pasión. También en París conoce a Grace Frick, su compañera de vida y de viaje a lo largo de cuarenta años.

Sus afectos territoriales fueron diversos. En Europa, Austria e Inglaterra, Italia y Grecia, Francia, Holanda y Bélgica, Portugal y España. También visitó Egipto, la India, Tailandia, Japón. Y, en América, viajó por Canadá y el Caribe, además de los innumerables viajes que hizo a través de los Estados Unidos —país donde estableció su residencia más identificable, en la isla de Mont Désert, en el estado nororiental de Maine, lugar que no fue para ella sino un azar más de su vida, en donde estuvo como estaría "en un pueblo de Dalécarlie o de Bretaña, o de Wurtemberg, satisfecha sólo por el hecho de estar en el campo".⁶ A los ochenta y tres años de edad viaja nuevamente a Europa y se entrevista con Jorge Luis Borges en Ginebra, donde curiosamente visita, para describírselo, el departamento situado en la admirable parte vieja de la ciudad y al que se mudaría poco después el escritor argentino tres días antes de morir.

Yourcenar pasa viajando el año de su muerte: 1987: dos meses en Marruecos, uno en París y uno en Londres antes de regresar a *su* isla, ir una semana a Quebec y retornar de nuevo a Petite Plaisance, la casa de madera rodeada de un gran jardín, donde Grace y ella se recogían luego de cada viaje.

¿Por qué viajar? Para ver, para conocer y conocerse, para aguijonear nuestros sentidos, ir al encuentro de lo que se ha imaginado y gozar con la embriaguez del recorrido, para consumir una experiencia de belleza, pues sólo "se mira con pasión estética los paisajes que primero se han visto en sueños".⁷ Pero viajar, sobre todo, para saber, para enriquecer nuestro espíritu. El viaje destruye prejuicios, nos confronta con la estrechez de nuestros hábitos, nos obliga a la precariedad de haberes y objetos, nos aleja de los imprescindibles que la costumbre ha creado, atándonos a ellos como a un grillete. No sólo eso, el viaje nos abre a otras formas de concebir la vida, relativiza nuestros valores y nos ayuda a tratar de entender antes de querer juzgar.

Adriano pasó doce años de su mandato viajando. Sin residencia permanente, vivió en la tierra y sobre el agua, en los palacios de los mercaderes asiáticos y en austeras casas griegas, en villas galas y en tiendas de campaña, en navíos y barcas. Conoció profundamente su vasto imperio; concibió el carácter provisional del domicilio en conjunción con el carácter provisional de la vida. Sabía que pocos hombres son amantes fieles de los viajes, "esa ruptura perpetua de los hábitos, esa continua conmoción de todos los prejuicios". Sin embargo, él

amaba la profundidad deliciosa de los lechos, pero también el contacto y el olor de la tierra desnuda, las desigualdades de cada segmento de la circunferencia del mundo. Estaba acostumbrado a la variedad de los alimentos, pasta de cereales británica o sandía africana.

⁴ Jean D'Ormesson, "Réponse au discours de réception de madame Marguerite Yourcenar à l'Académie Française", en *Discours de réception de madame Marguerite Yourcenar à l'Académie Française et réponse de monsieur Jean D'Ormesson*, Gallimard (nrf), París, 1981, p. 54.

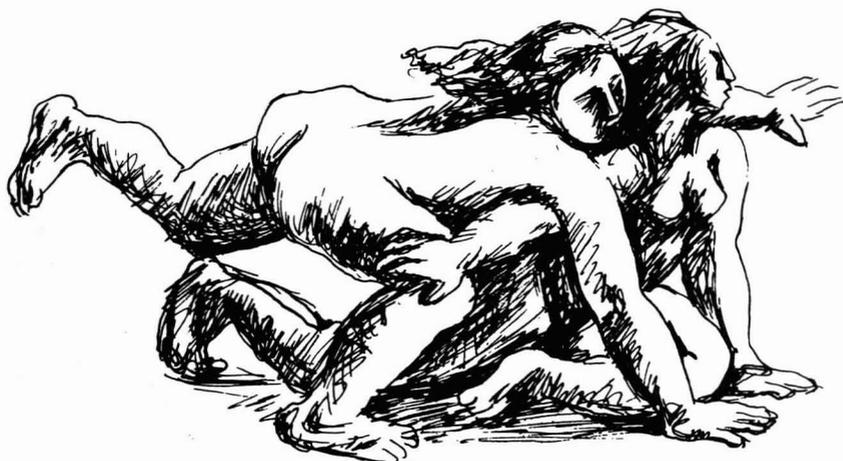
⁵ Marguerite Yourcenar, *Feux*, Gallimard (Collection Blanche), París, 1974.

⁶ Marguerite Yourcenar, *Lettres à ses amis et quelques autres*, p. 277.

⁷ Gaston Bachelard, *L'eau et les rêves*, citado por Ricardo Cano Garivía en el prólogo a Gustave Flaubert, *Cartas del viaje a Oriente*, Laertes, Barcelona, 1987, p. 12.

Al reflexionar sobre la importancia que tuvieron los viajes en su vida, escribe:

Algunos hombres habían recorrido la tierra antes que yo: Pitágoras, Platón, una docena de sabios y no pocos aventureros. Por primera vez el viajero era al mismo tiempo el amo, capaz de ver, reformar y crear. Allí estaba mi oportunidad, y me daba cuenta de que tal vez pasarían siglos antes de que volviese a producirse la afortunada armonía entre una función, un temperamento y un mundo. Y fue entonces cuando me di cuenta de la ventaja que significa ser un hombre nuevo y un hombre solo, apenas casado, sin hijos, casi sin antepasados, Ulises sin otra Ítaca que la interior. Debo hacer aquí una confesión que no he hecho a nadie: nunca tuve el sentimiento de pertenecer por completo a un lugar, ni siquiera a mi Atenas bienamada, ni siquiera a Roma. Extranjero en todas partes, en ninguna me sentía especialmente aislado.⁸



También Zenón amó los viajes. Además de Berbería, su perímetro fue más bien europeo, es cierto, pero lo recorrió intensamente. Quería conocer, comparar, saber. Nació y murió en Brujas. Pero recorrió muchos caminos, se deleitó en la contemplación de múltiples paisajes, sintió y vivió ambientes muy diversos. Antes de dejar su ciudad natal dijo: “Quiero ver si la ignorancia, el miedo, la inepticia y la superstición verbal reinan en todas partes igual que aquí.” Estudió teología en Lovaina, estuvo en Gante y en París. Practicó la cirugía y la herejía en Montpellier y Cataluña. Fue médico del rey de Suecia. La gente decía que había estado en lo que a veces llamamos Transilvania, y él nunca aclaró ese episodio. Pero estuvo sin duda en Génova, Innsbruck, Damasco y Constantinopla.

En las afueras de Brujas, tras una prolongada estancia en esa ciudad, camino a Heyst, con la intención de ir a la isla británica y huir de sus censores, el médico-alquimista errante se da cuenta de que

había alienado durante demasiado tiempo la dicha de caminar recto ante sí por la actualidad del momento, dejando que lo fortuito se convirtiera en su destino y sin saber en dónde dormiría la noche siguiente, ni cómo se ganaría el pan dentro de ocho días. El cambio era un renacer y casi una metempsicosis. El movimiento acompasado de sus piernas bastaba para contener el alma. Sus ojos se limitaban, sin más, a dirigir su marcha, al mismo tiempo que gozaban del hermoso verdor de la hierba. El oído registraba con satisfacción el relincho de un potro que galopaba a lo largo de un seto vivo o el insignificante chirrido de las ruedas de un carro. Una total libertad nacía de su partida.⁹

Asoció la libertad con la muerte, pensó que acaso no se es libre mientras se ama, se teme o se odia, que quizá no se es libre mientras se vive.

A través de los viajes de Adriano, de Zenón, y de los suyos propios, Yourcenar nos enseña que hay en el hombre “una necesidad vital de sentirse en otra parte”, que el continuo desplazamiento enriquece nuestro presente —finalmente lo único que vivimos—, que nunca se es el mismo después de haber viajado, sobre todo si se ha logrado dejar tras de sí un fardo de ideas preconcebidas portadas inconscientemente, “nuestras” porque son también de nuestros sedentarios coterráneos que han caminado su vida desgastando siempre el mismo sendero; nos enseña, en fin, que en ese movimiento nos espera el encuentro con el otro.

* * *

“*Je est un autre*” (“Yo es otro”), dijo el poeta de Charleville. La pluralidad de voces que lo habitaban y el desconocido que él mismo albergaba. Pero además, la *otredad* punzante, inevitable. Todo eso en cuatro palabras. Rimbaud sintió, alternadamente, como cada uno de nosotros, el deseo de violencia contra el otro y la necesidad de fraternidad y comunión con él.

El hombre es unicidad y alteridad, ineluctablemente. Soy irrepitible, como lo somos todos. Nos define nuestra singularidad, nuestra imposible intercambiabilidad; nos define asimismo nuestra pertenencia a un género y, por lo tanto, a algo que rebasa esa unicidad para situarnos en la impersonal esencia del ser. Uno y otro constituyen la unidad del ser —tan en deuda con la fraternidad de los hombres—. Somos materia, sí. Pero la materia no sólo nos conforma, también nos antecede y nos sobrevivirá. Venimos del silencio y hacia el silencio vamos.

⁸ Marguerite Yourcenar, *Mémoires d'Hadrien*, p. 138.

⁹ Marguerite Yourcenar, *Opus nigrum*, trad. de Emma Calatayud, Alfaguara, Madrid, 1982, p. 282.

¿Qué constituye entonces nuestra esencia? Sólo soy porque es el otro, porque somos. Unicidad que se niega para descubrirse. Para conocerme, intento conocer al otro. ¿Qué soy yo además de pulsiones, influencias y lenguaje arropados por una máscara que llamo persona? ¿Qué figuras forman esas tres líneas que la muerte resuelve y que entretujan lo que quisimos ser, lo que creímos ser y lo que fuimos?

Yourcenar fue siempre al encuentro con el otro y resulta interesante advertir que se cuidó mucho de relacionarse sólo con sus pares, escritores o intelectuales. Sus amigos y las personas a las que frecuentaba pertenecían a diversos grupos sociales y a distintos países, pues siempre le pareció empobrecedor para el espíritu encasillarse en un medio, así fuera el de la gente *bien pensante*. Sabía que la observación de los otros era un método parcial e inexacto de conocimiento, pues existen siempre zonas secretas que todos conservamos cuando conocemos a alguien, pero sabía también que esa observación provee de valiosos elementos que ayudan en el terco intento de desnudar el alma. Voluntad y humildad se conjugaron en el intento de comprender al hombre, de comprenderse a sí mismo, de morir menos lerdo que al nacer.

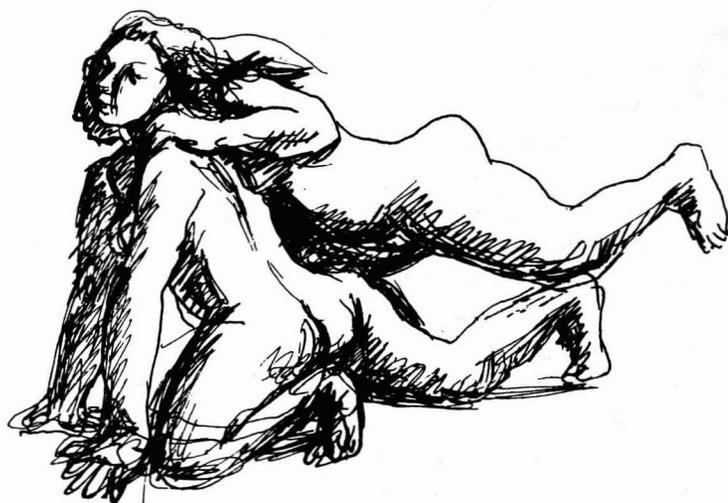
Buscando el conocimiento del cuerpo a través de la voluptuosidad, Yourcenar encontró el placer en los dos sexos, como Adriano y como Zenón. Sintió el ardor por lo mismo y el ardor por lo distinto. Como si la consigna hubiese sido vivir la complejidad de una emoción y luego pensarla. Gozar la carne y escudriñar el pensamiento. Darse a los deseos físicos y entregarse después a la gnosis. Siento, gozo, sufro, ¿qué dirá después mi pensamiento?

Adriano trata de conocerse por medio del conocimiento de los demás. Sabe de las complejas relaciones entre el espíritu y el cuerpo y alguna vez soñó con la elaboración de un sistema de conocimiento humano basado en el erotismo. ¿Cómo aprehender los signos del cuerpo?, signos que rigen nuestros encuentros: miradas, apretones de mano, abrazos, caricias y besos, saludos y gestos. Encuentros que van desde el contacto pasajero y único con un desconocido que jamás volveremos a ver, hasta la prodigiosa y terrible obsesión por la presencia de un cuerpo a nuestro lado. Adriano escribe:

En el caso de la mayoría de los seres, los contactos más ligeros y superficiales bastan para satisfacer nuestro deseo e incluso para hartarlo. Si insisten, multiplicándose en torno de una criatura única hasta abarcarla por completo, si cada parcela de un cuerpo se llena para nosotros de tantas significaciones perturbadoras como los rasgos de un rostro, si un solo ser, en vez de inspirarnos a lo sumo irritación, placer o hastío, nos hostiga como una música y nos atormenta como un problema, si pasa de la periferia de nuestro universo a su centro, convirtiéndose para nosotros en algo más indispensable que nuestro propio ser, entonces el asombroso prodigio se produce, y veo en él

más que un simple juego de la carne, una invasión de ésta por el espíritu.¹⁰

No todo es contacto de los cuerpos. Una idea guía en la vida del emperador romano fue su vocación de servicio a los hombres. Siempre pensó que hay que ser útil. Pensar *en* los demás y pensar *al* otro es, ante todo, hacer algo por él. Desde el poder, como él lo hizo, o desde la trinchera anónima de la medicina, como en el caso de Zenón; pues el alquimista escurridizo, enigmático y subversivo, es también un filántropo. Se sabe diferente de sus congéneres, pero se sabe también parte del flujo humano. Acepta que "todo ser que ha vivido la aventura humana es" él. Por eso sana lo mismo a príncipes que a mendigos, a gente que aprecia que a personas detestables, o aun a aquellos que le son indiferentes. Entendía que los hombres y mujeres que había encontrado en su vida no eran sino las dis-



tintas manifestaciones del hombre, tan digno de interés como de desprecio. Sabía, en fin, que inevitablemente su camino "sería hasta el final, un camino entre los hombres, [que] había que protegerse de ellos, pero también continuar recibiendo sus favores y devolviéndoselos".¹¹

Estamos pues ante tres elementos capitales en la obra de Yourcenar, tres aristas de un aleph que nos permite ver mejor al hombre. ¿Permitirían también, tal vez, conociéndolo mejor, mitigar en algo el espantoso desorden en el que ha arrojado al mundo, arrojándose él también? La escritura como método de conocimiento. Se escribe, sobre todo, para conocerse mejor, para descubrir lo que sin ella quedaría allí velado, oscuro, ininteligible. ¿Se escribe también para la notoriedad, para entrar a la eternidad? No. A lo sumo para arrancar unos años de nombre a los milenios de olvido. ♦

¹⁰ Marguerite Yourcenar, *Mémoires d'Hadrien*, pp. 22 y 23.

¹¹ Marguerite Yourcenar, *Opus nigrum*, p. 301.